

Ana Frank
libre para soñar

Miguel Ángel Álvarez Pérez



Directora de la colección: M.^a Mercedes Álvarez

© 2012, by Miguel Ángel Álvarez Pérez y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: Aci, Aisa, Album, CordonPress, Getty Images

Mapas: Farrés, il·lustració editorial

Primera edición: abril de 2012

ISBN: 978-84-218-4748-0

Depósito legal: M-249-2012

Impreso en Anzos, S.L., Fuenlabrada (Madrid)

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Prólogo	5
1 Vuelta a casa	9
2 Hitler alcanza el poder	11
3 Opekta, fábrica de mermeladas	17
4 La guerra también llega a Holanda	21
5 Un diario	27
6 El plan	31
7 La huida	35
8 La Casa de Atrás	39
9 Llegan los Van Pels	45
10 Instalados	49
11 El octavo habitante	55
12 Discordias en la convivencia	59
13 «La academia»	65
14 Rutina	71
15 ¡Ladrones!	77
16 Angustia	83
17 El hambre	87
18 La familia, a prueba	93
19 El principio de una amistad	101
20 Los Van Pels	105
21 Haciendo salchichas	113
22 Terribles noticias	117
23 Confidencias	123
24 ¿Invadirán Holanda?	129
25 El desván de la filosofía	135
26 Normandía y un disgusto	141

Prólogo

Dos meses después de tomar el poder en enero de 1933, los líderes nazis empiezan a cumplir su promesa de perseguir a los judíos alemanes. La primera ley, la «Ley de la Restauración de la Administración Pública», expulsa de la Administración a los funcionarios y empleados judíos. La siguiente limita el número de estudiantes judíos en las escuelas y universidades alemanas. Otra ley «reduce la actividad judía» y los médicos y abogados no pueden ejercer. En mayo de 1935 se prohíbe a los judíos ingresar en las Fuerzas Armadas. En septiembre, las «Leyes de Nuremberg» excluyen a los judíos alemanes de la ciudadanía del Reich. Se les prohíbe casarse o tener relaciones con personas «alemanas o de sangre alemana». Otras normas complementarias los privan del derecho a votar.

En algunos lugares públicos se exhiben carteles que rezan: los judíos no son bienvenidos. En 1937 el gobierno exige a los judíos registrar su propiedad, y para sacarlos

de la economía alemana se comienza a «arianizar» las empresas judías: alemanes no judíos las compran a precios irrisorios fijados por el gobierno. Por fin, en una vuelta de tuerca más, en 1938, los líderes nazis deciden aislar y separar físicamente a los hebreos de sus compatriotas alemanes. Los judíos no pueden asistir a las escuelas y universidades públicas; los judíos no pueden pisar ni los cines ni los teatros; los judíos no pueden ir a los centros deportivos. En muchas ciudades, se les ha prohibido la entrada a barrios y zonas designadas como «arias». Los hombres y mujeres judíos tienen que agregar oficialmente «Israel» o «Sara» a sus nombres en sus documentos de identidad.

En la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, los nazis organizan una ola de violencia sin precedentes, es la Noche de los cristales rotos. Más de 7.000 tiendas y almacenes son destrozados; 1.574 sinagogas (prácticamente todas las que había en Alemania), incendiadas; muchos cementerios hebreos, profanados. Más de 30.000 personas son detenidas e internadas en campos de concentración recién creados al efecto. El número de judíos alemanes asesinados impunemente asciende a 200 durante los dos días que duran los levantamientos.

Los daños producidos indignan a muchos ciudadanos. Hitler, para congraciarse con ellos, ordena que paguen los judíos: mil millones de marcos serán «suficientes» en concepto de «reparación» de los destrozos. La multa supone la confiscación de 20 % de todos sus bienes. Comienza la deportación masiva.

Los campos de concentración, diseminados primero por toda Alemania y luego por toda la Europa ocupada, van

engullendo cientos de miles de judíos, gitanos y otras personas con diversas condenas. En el caso de los hebreos, el objetivo es claro: el exterminio total en masa. Viejos y jóvenes, mujeres y niños, enfermos y sanos, todos tienen el mismo destino: la cámara de gas, la asfixia con el monóxido de carbono producido por motores de automóviles, y el ametrallamiento. La legendaria eficacia y eficiencia germana puesta al servicio de la muerte, lo que los nazis llaman la «solución final».

Vuelta a casa

3 de junio de 1945. Ámsterdam. Un furgón militar del ejército holandés con liberados de los campos de concentración va haciendo su triste recorrido por la ciudad. Pequeños grupos de supervivientes van bajándose en cada parada. Se despiden con la mirada y una sonrisa amarga pero llena de esperanza. El camión vuelve a detenerse en la calle Prinsengracht número 263, que corre paralela al canal. Un hombre golpeado por el dolor y la incertidumbre se apea del vehículo y se dirige con la mirada perdida a la puerta deteriorada del edificio que tiene enfrente.

Abre el portalón y sube lentamente las escaleras de madera que se quejan bajo su peso. Allí, arriba, solo, mirando los polvorientos rincones de la casa, se arremolina un torbellino de recuerdos en su cabeza. Las imágenes, las voces, las risas y los llantos, todo acude, se agolpa en sus sienes, amenaza con derrumbarlo. Las lágrimas asoman a sus ojos. Las habitaciones están como se dejaron casi un año atrás. El polvo es ahora el único habitante de la casa donde antaño se habían escondido ocho personas con la esperanza de sobrevivir a la persecución nazi.

Otto sabe que muchos están muertos, pero tiene la esperanza de volver a ver al menos a sus hijas con vida. Quiere abra-

zarlas, besarlas, no tener que llorar en la soledad la pérdida de Edith, su mujer. Mira al suelo y ve una bufanda, es la bufanda de su pequeña Ana. La recoge lentamente, le sacude el polvo y la aprieta con fuerza. Luego, se la acerca a la nariz, como si quisiera arrancarle un recuerdo vivo, que le asegure que Ana vive. Un nudo se le forma en la garganta. De repente, unos golpes detrás de él lo sobresaltan y lo devuelven a la realidad.

—Señor Frank... Señor Frank...

—Kugler... Miep...

—Hemos oído ruido arriba y nos hemos apresurado a subir. No sabíamos... no esperábamos...

—Señor Kugler, Miep, yo... no...

—Bienvenido a casa, Otto.

Hitler alcanza el poder



Otto Frank, el padre de Ana, nace el 12 de mayo de 1889 en Frankfurt am Main. Su padre, Michael Frank, es dueño de un banco especializado en el comercio de divisas.

Edith Holländer, madre de Ana, nace el 16 de enero de 1900 en Aquisgrán. Es 11 años más joven que Otto. Pertenece a una familia distinguida de la comunidad judía de la ciudad. Los Frank y los Holländer son por tanto judíos alemanes, sus familias llevan muchos siglos viviendo en Alemania.

Cuando Otto termina el bachillerato a los 18 años, tiene la oportunidad de trabajar inmediatamente en el negocio de su padre. Sin embargo, no lo hace, ya que quiere empezar su vida profesional desde abajo, para lo cual prueba varios empleos, desde fabricar marcos para ventanas en una empresa de Dusseldorf hasta forjar herraduras para el ejército alemán en otra empresa, o incluso hacer unas prácticas en los grandes almacenes Macy's de Nueva York.

En 1915, ya en plena primera guerra mundial, Otto Frank es llamado a filas. En el frente occidental asciende a teniente. Recibe la cruz de hierro al valor. En 1918 llega la paz. La guerra se ha cobrado más de 40 millones de vidas.

Su padre muere, y Otto se hace cargo a regañadientes de la dirección del banco de la familia. Seis años después conoce

a Edith Holländer. Enseguida se comprometen y al mes siguiente se casan en la sinagoga de Aquisgrán. Estamos en 1925.

Pero empecemos por el principio. Todas las historias tienen un protagonista. La nuestra se llama Annelies Marie Frank, Ana para los que la quieren. Ana nace en Frankfurt am Main, Alemania, el 12 de junio de 1929. Ana es la segunda hija del matrimonio. Su hermana Margot tiene tres años y la venida de su hermanita Ana es para ella un regalo.

—¡Qué manitas tan pequeñas! ¿La puedo coger, mami? ¿Me la dejas?

—Margi, no podrías con ella, se te caería.

—Por favor, mamá...

Los Frank viven en una casa grande y destartalada situada en un barrio tranquilo de las afueras de Frankfurt. Al principio todo va muy bien. Otto dirige el banco de su padre, gana mucho dinero, tiene una mujer buena y hacendosa y unas hijas encantadoras. Sin duda, la vida le sonríe.

Pero los acontecimientos no tardarán en torcerse. La crisis económica de Alemania entre los años 1920 y 1923 y la crisis mundial de principios de la década de 1930 extiende su largo brazo, y sus descarnados dedos estrujan con fuerza todos los rincones de las ciudades alemanas. El banco de la familia Frank acusa también esta crisis de forma palpable. La inflación llega a ser algo monstruoso; la gente se apresura a gastar sus sueldos a los pocos minutos de cobrarlos, los billetes se llevan a las tiendas en carretilla o en cochecitos de bebé. En realidad los billetes manaban a raudales, y a veces el comercio se interrumpía al retrasarse las prensas en producir nuevos billetes de cifras lo bastante altas para la compra del día.

Para colmo de males, los Frank tampoco están ahora ya tranquilos en casa. El propietario de su vivienda, que está afiliado al partido nazi, los mira con recelo.

—Otto —dice la señora Frank—. Creo que el señor Bauer nos espía.

—Edith, ¿cómo puedes decir eso? Es nuestro casero... ¿Qué interés puede tener en nosotros?

—De verdad, Otto, estoy muy preocupada, el otro día lo encontré dentro de nuestra casa con la excusa de comprobar la tubería de la cocina que gotea. Yo volvía con Margi de hacer la compra y ahí me lo encontré, plantado en medio del salón. Dio un respingo y empezó a balbucear no sé qué cosas.

No será la primera vez que sorprendan al casero espionando sus movimientos. Finalmente, Otto y Edith no pueden aguantar más la situación y deciden mudarse a otra casa. Es más pequeña, pero también más económica y mejor situada.

—Edith, está decidido, voy a pagar hoy el alquiler al señor Bauer, pasado mañana, que termina el mes, nos vamos. Haremos la mudanza cuanto antes. Nos iremos a la casa que vimos la semana pasada en Ganghoferstrasse. Ya he hablado con la casera, la señora Hintersberger, y nos permite desde hoy mismo trasladar cosas allí, así que lo mejor que podemos hacer es empezar a hacer cajas inmediatamente.

Estamos a finales de 1931. Si solo fuera una cuestión económica, el problema alemán, que es también un problema mundial, se acabaría arreglando con el tiempo, pero aparte de la profunda crisis económica existen también graves problemas políticos. La precaria República de Weimar está desgarrada por el fuerte tirón entre el partido comunista financiado por los soviéticos y el NSDAP, Partido Nacionalsocialista de los

Trabajadores Alemanes, que está subiendo como la espuma. El brutal movimiento, dirigido por Adolfo Hitler y basado en una visión materialista y pseudo-científica del hombre –mezcolanza de filosofías paganas–, proclama la diferencia de razas y el mesianismo de la aria, superior a todas, a las que someterá, previa desaparición de «la más inferior y nefasta, la culpable histórica de todos los males de la Humanidad: la judía». Éste es su nacionalismo ramplón y ciego.

Espoleados por la pasividad y el miedo de la policía, y por la mezcla de temor y admiración de la población, los nazis se envalentonan amenazando continuamente la convivencia pacífica de los ciudadanos. Boicotean con agresiones cualquier reunión política de signo distinto y violentan con sus atropellos los más elementales derechos humanos. El mismo Otto habla de ello en una entrevista:

«Recuerdo que ya en 1932 pasaban las tropas de la SA, cantando: "Cuando salpica del cuchillo la sangre judía..."».

En las elecciones generales de julio de 1932, el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes llega al poder con el 37 % de los votos. Después de intensas negociaciones, y a pesar de la pobre opinión que el viejo presidente Hindenburg –mariscal de campo y héroe de la primera guerra mundial– tiene sobre Hitler, éste es nombrado canciller del Reich: «Curioso hombrecillo es este Hitler... a lo más lo designaría como ministro del Ministerio de Correos». Sin embargo, ahora el general de 85 años, enfermo y acabado, firma el decreto. La noticia se extiende como la pólvora por todos los rincones del país.

«Herr Hitler ha sido nombrado canciller del Reich. Las SA han realizado una grandiosa marcha de antorchas por Berlín. Los gritos de júbilo se oyen por doquier, miles de personas aclaman al nuevo canciller del III Reich, Adolf Hitler, quien ha terminado su discurso en el Reichstag pidiendo a la población: "Denme cuatro años".»

Así habla la radio. Miles de personas tienen encogido el corazón.